V.

DESPERTAMIENTO.

Hay cosas que la pluma rehusa decir. Hemos dicho bastante para que comprenda ó adivine el lector cual debió ser la conducta del doctor Moore al lado de la cama de Clara Mac Farlane. No se acercò a ella para prestar a la agonía los socorros de la ciencia, sino para hacer una esperiencia a riesgo de matar.

Y la espresion de que aquí nos servimos es demasiado benigna, pues no acusa bastante. En efecto, la muerte de Clara no era para el doctor un problema, sino una realidad, y esto es tan cierto, que no temió el presentarse delante de su cama con el rostro descubierto. Luego siendo el doctor un hombre de grande prevision, era preciso que para obrar así estuviese bien seguro del silencio de su víctima.

Nosotros hemos visto repesentar en Londres la traduccion de un drama famoso de la otra parte del estrecho, en que una reina de Francia,—una reina apócrifa,—se quita su máscara en presencia del hombre que acababa

de poseerla; mas detras de este hombre hay un puñal levantado.... Con una mano se descubre la reina el rostro, y con la otra hace una señal, y el puñal mata.

Aun no se habia hecho entónces este drama, por manera que al doctor Moore no se puede acusar de plagio; pero el crímen se ha valido en todos tiempos de los mismos medios, y la caida de la máscara sirve siempre de fúnebre señal.

El doctor habia condenado a Clara, y esta sentencia no admitia apelacion. La desgraciada niña debia arrastrar su vida de martirio, todo el tiempo necesario a las esperiencias de Moore: en seguida....

No entrarémos en el detalle de las esperiencias. Dejando a un lado el repugnante horror de esta pintura, que nos estremece, no podriamos hacernos comprender del lector, sino con ayuda de infinitas notas, que esplicaran línea por línea el lenguage técnico que estariamos obligados a emplear.

Nuestras lindas ladies acaso hallaràn la escusa harto insulsa; pero no es menos cierto, que si escribièramos esclusivamente para los sporting-gentlewomen y las matronas de Almock,—la flor de los Tres-Reinos, en verdad,—nó creeriamos deber detenernos en tan poco.

Si retrocedemos ante un cuadro tan horrible, es porque estas líneas se leerán mas pronto a la otra parte del estrecho que en Londres.

El doctor Moore pasó toda la noche a la cabecera de la cama de Clara Mac Farlane.

En el momento en que le llamò Rowley sufria lo pobre niña un furioso ataque de nervios. El doctor desplegó todos los recursos de su consumada esperiencia: no era necesario tanto para salvarla; pero Moore estaba lèjos de pensar en esto último.

En la mañana marchó a su gabinte é hizo algunas anotaciones.

Clara dormia tranquilamente.

—¿Qué debe hacerse? preguntó Rowley al doctor, pensando en su nueva preparacion.

—Es preciso preparar otros accidentes, respondió Moore despues de un momento de reflecsion.—Esta noche ha sido preciosa.... estoy contento.... pero solo conozco una parte del mal de miss Trevor.

Y meditando durante algunos minutos, continuó:

—Conducid su cama al cuarto negro, Rowley.... En adelante, tendrá siempre sueño.... De tiempo en tiempo abriréis la trampa y la despertaréis de repente.

Rowley salió.

Desde este momento fué votada la pobre Clara al bárbaro suplicio que los agentes de la república francesa impusieron en la prision del Templo, al hijo desgraciado de Luis de Borbon. Entregada a un pesado é irresistible sueño, se la despertó periódicamente sobresaltándola por el ruido de una voz terrible que tronaba sobre su cabeza.

Maese Rowley hacia concienzudamente las cosas y al efecto se habia provisto de una vocina.

A los tres dias llegó Clara al estado que se deseaba para practicar sobre ella nuevas esperiencias. Su robusta naturaleza, desorganizada completamente, no conservaba ya ninguna fuerza: mas en cambio, su sensibilidad nerviosa se aumentó hasta tocar en epilepsia, irritándose de continuo con las crueles sorpresas del periódico despertamiento:

Pero la enfermedad de miss Trevor varió enteramente de aspecto, segun hemos visto; el doctor Moore se detuvo indeciso ante este mal desconocido, no pudiendo hacerle

nacer en otro ni combatirlo en miss Trevor. El doctor cesó de ocuparse de Clara porque le era inútil, dejándola al cuidado del procticante, el que dividió sus momentos de ócio entre ella y el *Tosicological.*

Verémos si esta circunstancia fué alivio para la pobre niña.

Ahora sabemos lo que quiso decir el doctor Moore hablando con Rio Santo de síntomas nuevos y de la crísis terrible que había sufrido miss Trevor. Esta conversacion y los acontecimientos que la precedieron, tuvieron lugar en la mañana siguiente del dia que Frank Perceval y Diana se encontraron en la casa de lady Stewart.

Hacia veinticuatro horas que María estaba atacada de la catalepsia.

Durante este tiempo agotó Moore todos los recursos que pudieron sugerirle su profundo saber y su esperiencia consumada.

Habia tratado de obrar sobre los sentidos con pruebas extra-medicales, organizando con este fin un concierto en el cuarto de la enferma, porque pretenden ciertos autores que la música es el remedio soberano para esta clase de afecciones.

El mal de María resistió a pesar de todo con obstinacion, continuando tal como la hemos visto en el salon de lady Trevor, con el rostro pálido é inmóbil, los ojos fijos y relucientes, los miembros yertos y la posicion de estatua.

El doctor fué a verla en derechura cuando se separó del marques, y halló que no se habia operado el menor cambio en el estado de miss Trevor desde su última visita. Diana Stewat y lady Campbell, que no se separaban de ella un instante, estaban desesperadas. El doctor, se-

gun su costumbre, no respondió a las preguntas que se le hicieron, y salió despues de haber ordenado algunos remedios insignificantes de que él mismo no se prometia ningun resultado.

Cuando entróue su casa de Wimpole-Street, llamó a Rowley como la víspera, y le preguntó por Clara.

—A fé mia, respondió el practicante, que es preciso batir el hierro miéntras está caliente y observar la naturaleza en tanto que dura la vida.... La vida se desliza señor; si quereis batir el hierro, daos prisa, porque se enfria.

—¿Se ha presentado algun nuevo síntoma?

—Sí, sí, por cierto.... señor, hay un síntoma nuevo.... y mañana aún habrá otro.... ¡estará muerta!

—Pero, ¿vive aún? preguntó Moore.

—Sí.... un poco.... Está desvanecida.... Yo iba a hacerla volver en sí cuando me habeis llamado.... y me vuelvo a seguir mi obra.

El doctor le asió del brazo en el momento en que se retiraba,

—Dejadla, dijo en voz baja, y prepara la pila voltaica... la grande.

Rowley le miró sorprendido, y en seguida se marchó murmurando:

—¡Va, va, va, cuantos cumplimientos! ¡Ya puede decirse que hemos tratado a la muchacha con toda ceremonia.

Acababa de dar la hora en que el marques de Rio Santo habia encargado que se le despertase, y como se encargó de este cuidado el caballero Angelo Bembo, entró con este objeto en el cuarto del *laird* donde se habia dormido Rio Santo.

Este roposaba en el sillon donde le hemos dejado, y

abrió los ojos al ruido de Bembo, pero los volvió a cerrar en seguida.

—¿Tan pronto? murmurò con languidez.—Angelo, este sueño me ha estropeado.

—Tomad algunas horas de verdadero reposo, creedme, milord, dijo Bembo contemplando con una solicitud filial las fatigadas facciones del marques;—tiempo tendrèis mañana de emprender de nuevo vuestra tarea....

Rio Santo miró afectuosamente al jóven maltés y se sonriò:

—¡Mi tarea! repitió en voz baja;—teneis el golpe de vista tan penetrante como una muger zelosa.... Lo sabeis todo aunque nunca preguntais.... Miéntras es inútil vuestra presencia, no se os ve; pero en la hora del peligro os hallais presente....

—Don Josè, os juro por mi honor que no ha entrado un átomo de curiosidad en el sentimiento que me llevaba á velar cerca de vos.

—¡Lo ignoro yo acaso! repitiò Rio Santo, tendiéndole la mano, que Bembo estrechò con timidez;—cuando en este mundo no se tiene mas que un amigo, se le conoce y se le hace justicia.... No es ménos cierto que en el momento que caía bajo la opresion furiosa de este hombre, he pensado en vos, pues me pasó por la mente una vaga esperanza.... y dije entre mí: acaso me vela mi buen Angelo.

—¡Oh, milord! dijo con tristeza Bembo: habia abandonado un puesto....

—Lo he oido cuando estaba allí tendido.... y sé que hacia muchas horas estabais de centinela.... ¡Cuán noble y bueno es vuestro corazon, Angelo! .... Cuando pienso en el afecto que me teneis, creedme, me figuro que Dios me protege y me reserva la victoria.

Bembo se habia sonrojado de orgullo, y en su vista brillaba ese caballeresco entusiasmo que escita en el alma fiel de un soldado la alabanza de su querido soberano.

—Porque Dios os ama, Bembo, continuó el marques, cuya sonrisa se tiñó de melancolía;—entre Dios y vos no se interponen los funestos recuerdos que ocultan el cielo.... Pero yo.... ¡Oh! añadió súbitamente con arrebato, ¡yo querria, al precio de toda mi sangre, empuñar mi espada de combate con una mano pura como la vuestra, amigo mio! ¡Cuán fuerte seria entónces!....

Angelo guardaba un silencio respetuoso.

Rio Santo continuaba con voz mas tranquila:

—¡Pero aun así soy fuerte!.... y prescindiendo de todo, cuando es santa la obra, qué importa la mano que la ejecuta?.... ¡Ah! yo no merezco la embriaguez del triunfo, ya lo sé: Moisés pecó, y Dios no le permitió que entrase en la tierra de promision.... mas se la enseñó de léjos el dia de su muerte; Moisés murió en la tierra de Moab, pero ántes de cerrarse sus ojos vieron la de Canaan.

Y cruzando las manos con un ardor apasionado, esclamò:

—¡Que yo muera, Dios mio! ¡oh! ¡que yo muera! pero como Moisés ¡con la vista en la victoria!.... ¡Que muera en la tierra enemiga, pero que mi postrera mirada vea lucir a lo lejos la aurora de los bellos dias para mi patria. ¡Sí, quiero morir con tal que el peso de mi cadáver acabe de aplastar a la Inglaterra vencida, y que mi alma, al dejar este mundo, salude con embriaguez el naciente reino de Irlanda.

Bembo lanzò un grito de sorpresa.

—¡La Irlanda! dijo ¡la patria!.... ¡Signore, signore! ¡ya sabia yo que vuestra guerra contra el ingles era una guerra legítima!

Rio Santo pareció un instante absorbido en profundas meditaciones y despues continuó:

Angelo, si otro que vos supiera la mitad que vos sabeis, lo mataria.... mas entre vos y los otros hay un abismo y yo dejo abierto mi corazon en vuestra presencia sin temer que falteis a mi confianza. Si fuéseis mi hijo ó mi hermano, no podria hacer mas, porque mis secretos son de aquellos que revela el ésito ó que la muerte sella bajo la piedra de una tumba.

—¡Gracias, murmuró Angelo, gracias, milord! Yo ignoro vuestro vida, pero conozco vuestro grande corazon.... Vuestros secretos os pertenecen a vos.... lo que de ellos sé.... que es muy poco.... me llena de admiracion y de respeto.... ¡Ah! ¡vos sois irlandes! ¡vos venceréis, milord! ¡Y ojalá me ameis bastante para darme una parte en el peligro!

—La teneis, señor Angelo Bembo, respondió el marques con tono grave. Hace mucho tiempo que cuento con vos.

Brillaron de placer los ojos del jóven italiano é iba a hacer una pregunta, pero le detuvo un gesto de Rio Santo.

—Tendréis el primer lugar en el fuego, continuo el marques sonriendo; pero aun no estamos tan adelante.... creo que querreis hacerme compañía....

Angelo se inclinó.

—Llamad a Ereb, prosiguió Rio Santo. Estoy muy débil aún; pero es necesario reparar el tiempo perdido.

Cuando partió Angelo, trató el marques de levantarse; mas era tan estremada su debilidad, que tres veces que lo intentò, volvió a caer con pesadez en su sillon. Consiguió por fin ponerse en pié, y se adelantó temblando hácia la cama, cuyas cortinas corridas ocultaban a Mac Farlone.

El *laird* dormia profundamente.

—¡Pobre hermano! murmuró Rio Santo; tambien el sufre por haberme amado!.... ¡Ah! ¡cuánto deseo vencer para tener el derecho de morir!

Un ruido de pasos anunció la entrada de Ereb en el aposento inmediato, y corriendo Rio Santo las cortinas de la cama de Angus, salió del cuarto.

Ereb era el pequeño negro que hemos visto sirviendo de pupitre al bello Eduardo en el salon de la casa de Cornhil. Podria tener unos catorce años, y sus formas admirables resaltaban bajo su cútis de ébano sin otro velo que un chal de cachemira encarnado, puesto como un taparabo al rededor de su cintura.

Rio Santo le encontró eu pié é inmòbil en medio de su gabinete.

—Dame de beber, dijo el marques, apoyándose en su escritorio.

Ereb tomó una llavecita que llevaba colgada al cuello con un cordon de seda, y abrió una cajita admirablemente incrustada en el artesonado de la pared, sacando de ella un vaso de cristal y un frasco; puso agua en el vaso y vertió dos gotas del líquido que contenia el frasco.

El agua tomó en seguida un color de oro, y Rio Santo bebiò un sorbo.

—Está bien, continuó Rio Santo; ahora dile a mi ayuda de cámara que me prepare la ropa para vestirme.

Sentóse en seguida y acabó de beber lo que tenia el vaso. Cuando se levantó un minuto despues, centelleaban sus ojos, tan apagados poco àntes, y habia reaparecido la sangre bajo el delicado cútis de sus megillas; su esbelto talle se enderezó con toda su altivez, y marchó seguro hàcia su gabinete de vestirse.

Y cuando algunos minutos mas tarde salió vestido con la noble elegancia de que su nombre se habia hecho sinónimo, no habriais reconocido al hombre de un momento àntes, al enfermo encorvado bajo la fatiga y la fiebre de siete noches de vela.

El caballero Angelo Bembo le presentó la mano para ayudarle à subir á su coche, tirado por cuatro magníficos caballos.

Rio Santo lo miró sonriendo, y Bembo, que aún no lo habia ecsaminado, retrocedió sorprendido al ver la transformacion repentina de aquel cuerpo estenuado hacia un instante.

—¡Oh, Don José! esclamó Angelo, lo que abate á los hombres mas robustos pasa sobre vos sin dejar la menor señal.... Estábaias moribundo hace nn momento.... y os veo ahora dispuesto, alegre y capaz de arrostrar otras fatigas, en que yo me aniquilaria como un niño.... ¡Consiste en que vuestra alma guarda de reserva ese tesoro de vigor sobrehumano?

Rio Santo volvió a sonreirse y subió de un salto al coche.

Bembo continuó hablando consigo mismo, y con el acento de una snpersticiosa conviccion:

—¡Vos venceréis, milord, vos venceréis!

El suntuoso coche partió al galope por el ancho camino de Grosvenor-Place.